

EL SUEÑO DE UNA NOCHE DE VERANO

Siempre llega un momento que marca un antes y un después en nuestras vidas. Pero, ¿y si ese momento llega demasiado pronto? ¿O demasiado tarde? ¿Realmente continúa siendo tan crucial, tan singular? ¿De verdad nos damos cuenta del cambio que ha generado en nuestro camino?

El mío llegó con una pregunta infantil, sin maldad, con la curiosidad como dueña y señora de cada una de las palabras pronunciadas. Simple y llana curiosidad. Cuando aquella mirada tierna e inocente se cruzó con mis ojos y me preguntó cuándo llega el amor, yo le contesté de la forma más estúpida posible, con la prepotencia de quien espera zanjar un tema incómodo y del cual no apetece hablar: “El amor llega cuando estás enamorado”.

Lejos de que mi fin egoísta llegara a buen puerto, aquella mirada se extrañó de nuevo, más que antes si cabe, y sus ojos azules, más curiosos aún, volvieron a centrarse en mi rostro pasivo y ácido. “¿Y cuándo se está enamorado?”.

¿Y qué contestas tú, con más edad, más experiencia y más madurez, a una pregunta tan infantil, directa y mortal? Probablemente, eso dependerá de cada persona. Hay quien pensará automáticamente en alguien capaz de representar todo para él, alguien sin cuya existencia el mundo entraría en un caos y un bucle temporal del cual no podría escapar, sin cuya existencia las normas se volverían estúpidas pautas que alguien que se creía moralmente superior decidió dictar. Otros, los más poéticos, recurrirán al famoso soneto de Lope de Vega y, con la voz segura que proporciona la erudición, lo recitarán o lo resumirán, ensalzando palabras como contradicción o lucha sin victoria. Por su parte, los más pesimistas decidirán seguir el camino de lo exterior, obviando el sentimiento, decantándose por la estupidez que domina al ser humano cuando se cree capaz de todo y nada a la vez.

No sé cómo hubiera reaccionado aquella mirada azulada a cada una de estas respuestas, porque ninguna se la di yo. Solo puedo decir que mi gesto prepotente se vio desbordado de repente. Un suspiro creció en el fondo de mi piel y exhaló en un silencio sonoro demasiado obvio como para sorprender. Y pensé, pensé, pensé. A una velocidad que la luz envidiaría, con una potencia que solo los recuerdos pueden entender, con una calidez que erizaría la piel del hombre más duro del mundo. Y vi puertas que se abren, vi ventanas que se cierran. Vi galeotes